

Noticiario

LAS LLAVES DEL REINO.

Las palabras con que Jesucristo exhorta a San Pedro a perseverar en la doctrina que predicó por el mundo, le sirve a A. J. Cronin de título a esta novela, que ha tenido extraordinario éxito de librería y de crítica en todos los países a donde se ha publicado.

Como en «La Ciudadela», novela que fué ampliamente difundida en el cine y en la cual su autor trataba interesantes problemas relacionados con la medicina, en «Las llaves del Reino», Cronin plantea diversos aspectos del problema religioso a través del espíritu del Padre Francisco Chisholm, sacerdote católico de nacionalidad escocesa, dotado de un celo apostólico y de una virtud tan extraordinaria que lo acercan a la santidad.

Francisco Chisholm, es uno de esos hombres excepcionales que cumple su misión sacerdotal, sin reparar en exclusivismos de credos. Para él hay una sola línea de conducta que es la del bien. Y este bien reside en el Dios único, cuyo divino poder y sabiduría se transmite a los hombres por intermedio de las distintas religiones que amalgaman el espíritu de las razas, de acuerdo con su psicología y sus costumbres. Para este sacerdote católico, las doctrinas de un bonzo o un misionero protestante no tienen diferencia con la de su credo si trabajan sinceramente por el bien de la humanidad.

El Padre Chisholm, se educa en el seminario con una serie de compañeros que después de ordenarse y andando los años, llegan a ocupar altas dignidades dentro de la Iglesia Católica. Muchos de ellos pertenecen a ese tipo de sacerdotes de maneras cortesanías que aparentan servir a Dios con abnegación ilimitada, pero que en el fondo ocultan una ambición muy grande. Entre éstos está Anselmo Mealey, que un día llega a ocupar el cargo de Obispo. Entretanto, Chisholm ha ido a la China, país en el cual permanece por espacio de treinta y cinco años, en el lugar de Pai Tan a mil millas de Tien-tsin. Allí realiza una obra que a veces sobrepasa a todo cuanto el hombre puede hacer en sacrificio y abnegación. Junto con él trabajan tres monjas: María Verónica, en calidad de Madre Superiora y las hermanas Clotilde y Marta. María Verónica es alemana y pertenece a lo más encumbrado de la nobleza de su país. Terca, orgullosa, dominadora, no hace buenas migas con Chisholm, que es el jefe de la misión, y soporta resignadamente la soberbia de la monja que lo mira con cierto desdén, que en muchas ocasiones no tiene nada de cristiano. Pero al final aquella orgullosa María Verónica es vencida por la santidad de Chisholm, sin que éste haga nada por conseguirlo. Un día es ella quien le pide humildemente perdón y reconoce entre sollozos la grandeza de alma del misionero. Después trabajan juntos en los hospitales, cuando la peste y el cólera invaden la ciudad. Ocurren escenas espantosas en las calles. Los enfermos no alcanzan a veces ni a lanzar un gemido, cuando ya se derrumban en medio de los charcos que dejan sus vómitos de sangre. Pero aquella ola de horror pasa y, entonces, lejanas noticias de Europa vienen a poner una sombra de recelos y de desconfianzas entre María Verónica y sus monjas subalternas, Clotilde y Marta, francesa y belga respectivamente. Desaparece el amor fraternal y aquellas dos mujeres se unen para arrojar su odio y su desprecio a María Verónica, que lo soporta todo con heroico estoicismo.

Innumerables incidencias de esta naturaleza se suceden, pero ninguna de ellas logra quebrantar el ánimo y la fortaleza de Chisholm. Hasta que un día, viejo y achacoso, recibe la orden de marchar a Inglaterra. Va donde Anselmo Mealey a pedirle una pequeña parroquia, aquélla donde Francisco nació. Es la de menor importancia en la diócesis. Pero Anselmo Mealey le contesta que lo pensará. Y mientras se soba sus manos bien cuidadas y se sacude su fina sotana, Francisco Chisholm se marcha desolado sin saber si en realidad ha obrado bien o mal en su vida y ése es el destino que merece.

Pero sin duda Francisco Chisholm tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos. El no creía en la eficacia de las religiones, sino en la bondad humana. Por eso decía a sus feligreses: «Es posible que no todos los ateos se vayan al infierno. Yo conozco uno que no fué». Y después agregaba con encantadora simplicidad: «Cristo fué un hombre perfecto, pero Confucio poseía un mejor sentido del humor».

Cuando se cierran las páginas de este libro, uno se queda pensando en que toda la ruindad y egoísmo de la raza humana, puede ser redimida si logra producir seres como este que describe Cronin y que seguramente deben corresponder a un personaje real. Su novela está dedicada «a F. M. misionero en China durante veinte años».

NOCHES EN BOMBAY.

Otra novela del celebrado autor de «Llegaron las lluvias» y de «La corriente impetuosa» ha llegado a las librerías de Santiago. Nos referimos a «Noches en Bombay», publicada en castellano, como las anteriores, en Buenos Aires.

Como en todas las novelas de Bromfield, encontramos en ésta la nota colorida y una maravillosa pintura de los ambientes exóticos donde actúan sus personajes, que ostentan una personalidad que está de acuerdo con el ambiente y con la vida